

CARTA DE PARÍS. JOSÉ LUIS DE VILALLONGA

La caída

HEMEROTECA

F. MERINO SANCHEZ

Me escribe un señor —y no es el primero— precisando que don José Sánchez Guerra, ministro que fue de don Alfonso XIII, no era republicano como afirmé en una crónica, "La memoria histórica", publicada en estas páginas durante el pasado mes de julio y en la que me refiero a una conversación mantenida entre el anciano político y don Miguel Primo de Rivera a punto de convertirse éste en dictador. Dudo que hoy sean muchos los que recuerden la existencia de José Sánchez Guerra, un antiguo presidente del consejo conocido y admirado por su sentido de la medida y su integridad intelectual. Pero el caso es que Primo de Rivera tuvo la idea de ir a consultarle y a pedirle consejo pocos días antes de proclamar la dictadura. El general expuso al político sus temores acerca del porvenir de España. En un momento dado y tras exponerle sus propias dudas sobre del futuro de la monarquía, Sánchez Guerra citó de memoria a Montesquieu: "En una monarquía constitucional bien organizada los súbditos son como peces dentro de una gran red. Se crean libres y sin embargo están atrapados". "Personalmente —añadió Sánchez Guerra— yo creo que la libertad, la verdadera libertad, es indispensable para la supervivencia del alma de una nación": ¿se podía realzar más claramente la superioridad de la república sobre la monarquía? Primo de Rivera debió de quedarse de piedra. A ningún monárquico se le habría ocurrido citar la frase de Montesquieu. En cuanto al añadido personal de Sánchez Guerra, el general debió de considerarlo como una vehemente proclamación de fe republicana. Aunque quizás Sánchez Guerra no fuera abiertamente republicano, era evidente que si bien pudiera continuar creyendo en la institución, ya no era un defensor de la monarquía encarnada por don Alfonso XIII. Para el anciano caballero la monarquía era una cosa y el rey otra muy distinta. Primo de Rivera no era hombre de grandes luces literarias, de lo contrario hubiera recordado los consejos que le daba el conde de La Fère a su hijo Raoul cuando éste, a los quince años, iba a incorporarse a los ejércitos de Louis Condé: "Raoul, procura distinguir siempre entre el rey y la realeza. El rey no es más que un hombre, la realeza es el espíritu de Dios. Cuando tengas dudas acerca de a quién has de servir, abandona la apariencia material por el principio invisible, porque el principio invisible lo es todo. Solamente, Dios quiso hacer palpable este principio encarnándolo en un hombre".

Eso pensaron quizás en el año 31 todos aquellos que habiendo sido supuestamente "amigos del rey" lo abandonaron a su suerte en el peor trance de su vida, durante los fatídicos días que



MESEGUER

**"RAOUL, PROCURA
distinguir siempre entre el rey
y la realeza. El rey no es
más que un hombre, la realeza
es el espíritu de Dios"**

precedieron al 14 de abril. Eran políticos, financieros, generales y aristócratas que pudieron pensar que la marcha de don Alfonso XIII podía todavía, a largo plazo, salvar a la institución monárquica. Me refiero a gentes como Sanjurjo, Miguel Maura, el doctor Marañón, pero sobre todo a don Álvaro Figueroa Torres, conde de Romanones, quien fue el artífice principal del rechazo de toda idea de resistencia. En realidad, don Alfonso XIII fue objeto de una tenaz labor de instigación al abandono realizada por hombres que gozaban de su confianza.

Romanones había sido tres veces presidente del consejo, tres veces ministro de Estado, dos veces ministro del Interior y dos veces ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes. Él fue quien convenció al rey de que "ciertos miembros del Ejército se negarían a emplear sus ar-

mas contra el pueblo", actitud corroborada más tarde por el propio general Sanjurjo, quien contestó al monarca, cuando éste le preguntó si podía contar con el apoyo de la Guardia Civil en caso de disturbios graves: "Se puede contar conmigo y con mis hombres para mantener el orden, pero no para mantener el régimen".

Romanones le dio la puntilla a don Alfonso cuando le encargó al conde de Casa Aguilar que le hiciera llegar al rey una carta escrita de su puño y letra y en la que le notificaba que "el ministro de Estado —es decir Romanones— y sus colegas piensan que V. M. debería reunir sin perder un instante el Consejo de Ministros a fin de que tome conocimiento de la renuncia del rey". Renuncia en la que don Alfonso no había pensado todavía cuando recibió la carta del conde de Romanones.

Otro de los presuntos "amigos del rey" que no cumplieron con los principios éticos de la amistad fue don Gregorio Marañón, quien, durante las últimas semanas de la monarquía, escurrió el futuro primer gobierno de la república. Fue en la calle Serrano, 43, en el domicilio del doctor, donde se encontraron el 14 de abril, a las dos y cinco de la tarde, Romanones y Niceto Alcalá Zamora, para negociar la salida de España de su último monarca. Marañón, de quien un malévolo de la época decía que "escribía como un médico y cuidaba a sus enfermos como un escritor", amigo personal de don Alfonso, pero republicano de antiguo, soñaba con convertirse en una eminencia gris de la república. Lo fue durante un tiempo. Pero sus entusiasmos republicanos se calmaron rápidamente. Era un hombre cuyo talento le impedía soportar la mediocridad.

La defección de Miguel Maura, hijo del ilustre don Miguel, no pareció causarle una gran sorpresa al rey. Probablemente porque no creyó demasiado en ella. Era impensable para don Alfonso que el hijo de uno de los grandes servidores de la Monarquía se volviera republicano de la noche a la mañana. Miguel Maura se lo anunció al rey mientras éste calzaba unas botas de montar en la intimidad de su vestidor. Al anunciarle Miguel Maura su pase al campo republicano, don Alfonso levantó la cabeza desconcertado: "Tú, republicano..., ¿pero por qué?". Parece ser que Miguel Maura le contestó: "Porque la república va a necesitar hombres de orden como yo para que las cosas marchen desde un principio por buen camino". Primer ministro del Interior de la república, Maura cumplió su promesa. Si el camino no tardó en torcerse fue porque el destino de la república era acabar en el caos, la violencia y la sangre. ●